

# El soñador de la tribu

*Las Jornadas Culturales de la Cepeda exploraron ayer en León el universo literario de Antonio Pereira y le distinguieron como «cepedano del año»*

**Emilio Gancedo**

**Fotografías Ana M. Díez**

Las Jornadas Culturales en La Cepeda, un evento que este año cumple su sexta edición, trasladaron ayer el centro de operaciones desde esta comarca occidental leonesa a la capital de la provincia para ofrecer un sentido homenaje al más sobresaliente de los fabuladores leoneses, el villafranquino Antonio Pereira.



Así, las Jornadas traspasaron las fronteras naturales del territorio cepedano para explorar, junto con escritores, investigadores y poetas, el universo personal y literario de Pereira mediante conferencias, mesas redondas, recitales poéticos y el tradicional filandón. Un homenaje que ha venido a sumarse a las distinciones que le han sido anteriormente concedidas (Doctor Honoris Causa por la Universidad de León y Premio de las Letras de Castilla y León, por poner dos ejemplos) y que puso de manifiesto, una vez más, la extraordinaria capacidad del literato berciano para fabular, para convertir en materia literaria el humus de la memoria, compuesto en su mayor parte por todas aquellas cosas que a ojos de cualquier otro mortal no serían sino insignificantes sucesos cotidianos, breves, ordinarios acontecimientos sin sustancia. Al elaborarlos y recontarlos, Pereira sabe teñir esas vivencias de pura literatura, mezclando lo real con lo imaginario y alumbrando narraciones repletas de sentido, de ternura, sensibilidad, leve erotismo y

nostalgia. Ese arte, mejor dicho artesanía, más propia de orfebre que de escritor, es la que salió a relucir ayer en el homenaje, que tuvo como escenario el aula magna San Isidoro del pabellón universitario El Albéitar.

El máximo cuidado que Pereira pone en la elección de adjetivos, temas y formas, esa pasión por la palabra que sólo se aprecia en aquellas personas que labraron su afición literaria en rincones oscuros y múltiples noches de insomnio, quedan reflejadas con nítida claridad en el cuento.

No es casualidad que sea este tipo de narración corta el género más empleado y mimado por los grandes autores leoneses. Hijos de la tradición oral, del calecho y del hilorio, de las historias entretejidas de verdad, mentira, superstición y mito, típicas del mundo rural; los Llamazares, Mateo Díez, Aparicio y Colinas se nutrieron de la historia contada al calor de la lumbre, en la taberna, en la bodega, y con ellas fueron construyendo el almacén de su universo literario y personal. Maestro del relato (su último libro, «Cuentos de la Cábila» es tan sugerente que uno se



imagina las escenas en color sepia, como las viejas películas), el estilo del maestro berciano esconde el alma de las comarcas leonesas -como La Cepeda- de historia menuda pero antiquísima, legendaria en sus castros y montes auríferos, íntima en sus fiestas y gentes, presa actual de la despoblación y la pérdida de la memoria. Por eso, la distinción que le acredita como cepedano del año simboliza ese compromiso con la cultura y la vida popular, con el esfuerzo por rescatar la memoria del pueblo. Los leoneses Juan Pedro Aparicio, Carmen Busmayor, José María Balcells, Francisco Sosa Wagner, Antonio Natal y tantos otros se reunieron ayer en torno a un fuego metafórico, como los antiguos astures, para escuchar las palabras del maestro, del soñador de la tribu.

# Un cuento cruel

**Antonio González-Guerrero**

PUBLICADO exento en una bellísima edición para bibliófilos, «Obdulia, un cuento cruel» pertenece al «Síndrome de Estocolmo»; un libro memorable por muchas cosas -su alta factura literaria, su sabrosa ironía, sus múltiples transmisiones y modulaciones: el amor la ternura, la pasión por el suceso cotidiano como materia artística, el erotismo sutil donde siempre está presente la dulzura, etc.- pero también por haberse hecho acreedor de uno de los premios más lúcidos que existen: el prestigioso Fastenrath de la Real Academia Española. Un premio que vino a coronar una obra de las más completas que conozco, con tres novelas, ocho poemarios -entre ellos dos antologías y una docena de libros de cuentos, su género favorito.

Decir con este historial que Antonio Pereira (Villafranca del Bierzo, 1923) es un autor sobresaliente no resulta sino un acto de justicia, máxime cuando en todas y cada una de sus entregas hemos ido descubriendo a un escritor lleno de talento, a una voz personal que, siempre alejada de los ismos y las modas, ha sabido configurarse no sólo como uno de los nombres más señeros de nuestra literatura regional, sino que nos ha situado ante uno de los más genuinos narradores de este tiempo.

Antonio Pereira es -repito- un escritor todoterreno, pero su gran especialidad se circunscribe sin duda al cultivo del cuento corto; un género que con él ha dejado de ser menor para convertirse en algo sublime que se emparenta directamente con la poesía.

«El cuento -dejó escrito Gullón- debe ser breve, intenso y capaz de sostener el interés durante la lectura y sorprender al concluirla» y Pereira -añade el crítico- domina el arte de la narración breve con una destreza no inferior (muy superior, digo yo) a la de sus coetáneos mejores.

Queda, pues, claro que Pereira reúne en sus relatos esas tres condiciones. Pero, a mi modo de ver, el villafranquino consigue algo más y más difícil, a saber: hacer del lector su cómplice. Un cómplice que no es solamente un convidado de piedra, sino que en ocasiones se convierte en coautor del cuento, es decir, en una

mano amiga que resuelve la historia y su gusto y manera. Porque en ello radica otra de las características de la obra narrativa de Pereira: en hacer de sus cuentos una historia abierta.

Ante tanta claridad no puedo ni debo añadir nada. O quizá sí: que con «Obdulia, un cuento cruel», me he vuelto a estremecer con el mejor Pereira.